



3 de junio de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Cada año, la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo nos invita a reflexionar más profundamente sobre nuestra participación en el Sacrificio Eucarístico del Señor y sobre cómo dicha participación puede influir de manera profunda en nuestras vidas. Este día especial celebra el gran don del Santísimo Sacramento, por el cual Cristo se hace presente entre nosotros y a través del cual nos unimos a Él los unos a los otros. Durante nuestra vida terrena, compartir el Cuerpo y la Sangre de Cristo constituye la expresión más rica e íntima de comunión con el Señor y con la Iglesia.

En toda la Diócesis de Harrisburg, observo una gran devoción hacia la adoración del Misterio Eucarístico, tanto dentro como fuera de la Misa. Los periodos de adoración eucarística y las capillas de adoración perpetua atraen a tantos de nosotros a postrarnos de rodillas en oración y gratitud. Me siento edificado por la manera en que tantos de ustedes reciben la Sagrada Comunión con devoción y afecto. Sin duda alguna, celebramos con reverencia la presencia del Señor entre nosotros en este Santo Sacramento. No obstante, resulta provechoso recordar de vez en cuando algunos aspectos relativos a nuestra recepción de la Sagrada Comunión.

Los animo a recibir la Sagrada Comunión de manera regular y digna; es decir, libres de pecado mortal y debidamente dispuestos para recibir las gracias que emanan de este Sacramento. Cada uno de nosotros está llamado a procurar no distraerse, no solo durante la Misa, sino especialmente al acercarnos al altar del Señor. La procesión de la Comunión nos conduce al altar y debe ir acompañada de una disposición orante y de una participación externa en el canto de la Comunión. Cantar mientras nos acercamos al Señor puede ayudarnos a asegurar que nuestra mente y nuestro corazón estén preparados para recibirlo con alegría.

Al acercarse al momento de la comunión—ya sea recibiendo bajo la forma de la Sagrada Hostia o del cáliz—, es apropiado realizar un gesto adecuado de inclinación de cabeza antes de recibir la Sagrada Comunión. Y, cuando el sacerdote, el diácono o el ministro extraordinario anuncie: «El Cuerpo de Cristo» o «La Sangre de Cristo», responda con un «Amén» firme y claro. ¡Cuánto encierra esta sola palabra! Usted está proclamando su creencia de que Cristo está verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento. Está afirmando que, por medio de este Sacramento, comparte la vida y se halla en comunión con la Iglesia. Acepta con fe la gracia derramada en su corazón que, como dijo San Agustín, nos convierte en aquello que consumimos. ¡Es necesario responder: ¡«Amén»!

Según la disciplina de la Iglesia, es lícito recibir reverentemente la Sagrada Comunión, ya sea en la mano o en la lengua. Sin embargo, se debe tener sumo cuidado en ambas formas. Con las manos limpias y descubiertas —tras haber preparado un trono para el Rey del Cielo—, se debe consumir la Sagrada Hostia inmediatamente antes de retirarse del ministro, procurando con esmero que ninguna partícula caiga al suelo. A quienes la reciben en la lengua, escuchen el consejo del salmista, que nos dice: «Abre bien tu boca y yo la llenaré» (81:10).

Sigue siendo norma de la Iglesia que la recepción de la Sagrada Comunión vaya precedida de un ayuno de una hora, teniendo presente que, dentro de esa hora previa, solo se pueden ingerir agua y medicamentos. Cualquier otro alimento o bebida —incluidos el café y el chicle— rompe el ayuno. La observancia cuidadosa de este ayuno nos ayuda a recordar que no se trata de un alimento o bebida ordinarios, sino del Alimento del Cielo, el Pan de los Ángeles, el mismísimo Cuerpo y Sangre del Señor.

En efecto, este inmenso don del amor de Dios nos nutre en nuestro caminar por esta vida. El Papa San Juan Pablo II lo expresó de la mejor manera: «La Eucaristía es verdaderamente un destello del cielo que aparece en la tierra. Es un rayo glorioso de la Jerusalén celestial que atraviesa las nubes de nuestra historia e ilumina nuestro camino». Jesús desea que comprendamos que Él está con nosotros. Su presencia marca toda la diferencia. En el Santísimo Sacramento, Él está con nosotros, oculto bajo las formas del pan y del vino. Esforcémonos por recibirlo con reverencia y dignidad.

Sinceramente en Cristo,

A handwritten signature in blue ink that reads "+ Timothy C. Senior". The signature is written in a cursive style with a cross at the beginning.

Excelentísimo y Reverendísimo Timothy C. Senior
Obispo de Harrisburg